



REFLEXION SOBRE LA INFLUENCIA CULTURAL AFRICANA EN AMERICA

Por: Jhoman Carvajal Godoy

Agradecimiento: A Claudia Elizabeth, por la fortaleza de espíritu que me ha dejado. A Guillermo y el Viejo Damián, por lo que Simbolizan en este trabajo. A los textos de Germán Arciniegas, V.S. Naipaul, Manuel Zapata Olivella y Alejo Carpentier.

La influencia cultural ejercida por los africanos traídos a América en los siglos XVI, XVII y XVIII, en lo que actualmente se denomina como el mestizaje cultural en América Latina, es un hecho de relevancia histórica que merece un poco de atención. Muchos escritos se ha dedicado a resaltar la importancia de la cultura europea en América o también la importancia de la cultura indígena o precolombina; incluso se ha llegado a plantear el descubrimiento de América como el encuentro de dos mundos tratando de generalizar el contexto histórico en el que se enmarca este acontecimiento.

El hecho de la aparición del hombre negro en América obedece a fenómenos históricos específicos que pueden ser identificados sin dificultad debido a la existencia de múltiple documentación sobre el tema. Sin embargo, ese no es problema central. La nueva tesis que se debe plantear es la aparición del hombre negro o africano en el Nuevo Mundo desde dos puntos de vista: Inicialmente como un conquistador más, como un filibustero más, como un bandolero o como un mero compañero que venía en las embarcaciones europeas sirviendo a los blancos, a sueldo o como esclavo. Existen noticias de que en las expediciones de los famosos piratas de las aguas del Caribe, las tripulaciones no sólo estaban compuestas por ingleses, franceses, holandeses, sino también por algunos hombres de piel oscura integrantes de aquellas bandas de forajidos con derecho a todo lo que significara botín: oro, joyas, mujeres, alimentos, juerga, acero, ron... Estos rudos hombres, por supuesto, para tener derecho al botín, tenían el deber de luchar, de matar, robar, estar en la rapiña. Tal vez aquellos feroces europeos y los no menos rapaces negros fundidos en un solo abrazo y en una sola borrachera, con los ojos desorbitados, el ron co-

riendo sin destino por sus fuertes pechos y pendientes de los salientes senos de una prostituta rubia de cualquier taberna de cualquier sitio del Norte de Europa, entonaban las canciones que mantenían el espíritu guerrero de los piratas.

En segundo lugar, el negro aparece en el Nuevo Mundo como mercancía de compra-venta, como esclavo o como producto de la trata de esclavos hacia la tierra prometida cuando fueron arrancados violentamente de la región centro-occidental del África. Los negros son cazados, subastados, comprados, empacados en las estrechas y sucias bodegas de los barcos negreros; luego, otra vez, subastados y comprados, para finalmente enviarlos a las minas, a las plantaciones de tabaco o caña de azúcar o al servicio doméstico de alguna lujosa hacienda. Durante tres siglos y medio se dio el mismo movimiento. Tres siglos y medio de la más salvaje trata de esclavos que conozca la historia de la civilización. Sin embargo se trata de no enfocar el análisis hacia este hecho fundamental mencionado: la trata de esclavos. Pero es un resquicio histórico inevitable a la hora de referirnos a la influencia africana en el Nuevo Mundo. Los negros no aparecieron por arte de magia ni fueron traídos como adorno en las velas de las embarcaciones europeas.

Así pues, no existe el choque que se plantea entre la cultura precolombina y la cultura occidental porque hay un tercer elemento en ese encuentro que es la cultura africana. Algunos autores justifican la dualidad nativos americanos-europeos diciendo que en el encuentro dado en América estos son elementos esenciales que, en última instancia, abarcarían y absorberían a los africanos u otra manifestación cultural que apareciera, tratando de restar importancia al hombre negro, porque simplemente podría ser él u otro cualquiera. No importa quién.

Ahora bien, ese tercer elemento es fundamental en el modo de vivir del americano adoptado o de nacimiento, desde que esas tres culturas, esos tres tipos de hombres, esas tres formas de vida se miraron recelosos, se atacaron y se defendieron, se dieron la mano hipócrita o amigablemente, y cuando cada uno intentó cuidar su modo de vida, sus costumbres, absorber, apaciguar o imponer rápida o lentamente el modo de pensar del otro, en fin, convivir con el extraño. Por ello no hay imposición, hay sincretismo... a pesar de que son elementos distintos, irreconciliables, esencialmente autónomos. Una triada que confluye en un sólo tipo de hombre que obliga a rastrear a cada uno de ellos en el quehacer con los otros.

En efecto, los primeros esclavos africanos aparecieron en América a principios del siglo XVI, aproximadamente en 1525, lo que hace que en este siglo no se muevan en el nuevo continente únicamente europeos o indígenas sino también toda una miscelánea cultural traída de la costa occidental y del centro del Africa por los esclavos africanos. Miscelánea cultural porque cuando se dice Africa no estamos hablando de una forma única de vida, religión o costumbres, sino de una extensa región en donde existen grandes imperios, pequeños reinos, tribus ricas, tribus miserables, nómadas, mercaderes, sociedades tribales sedentarias, lo que implica variedad de idiomas, religiones, costumbres, guerras, hecho que también implica reinos dominantes, pueblos subyugados, esclavos, imposición de voluntades, grandes emperadores, reyes, reyezuelos, bandidos, comerciantes, soñadores. En América no hizo su aparición una cultura africana (al fin y al cabo los africanos tuvieron contacto con civilizaciones antiguas como Grecia y Roma; en nuestra era comerciaron con los árabes sus vecinos del norte, lo que hace suponer que Africa pudo

haber llegado a tener influencia cultural europea y árabe. De todas maneras en el siglo XV los europeos, especialmente los portugueses, se lanzaron a la conquista y repartición del continente negro); comúnmente se piensa así, pero en verdad son muchas, más bien múltiples manifestaciones culturales las que se dispersan por las islas, costas, ríos y selvas americanas. La pretensión de la generalización de los estudiosos ha llevado a que se modele una cultura africana -pecado del que no me he visto desligado- agrupando toda esa maraña en lo que se ha llamado familias lingüísticas.

Hoy, en América Latina, existe una importante influencia cultural africana. Esto no es un hecho gratuito. Cuando en el siglo XVI los europeos se dieron cuenta que escaseaba la mano de obra en las minas y plantaciones del Nuevo Mundo -no olvidemos las plegarias del Padre Las Casas a Dios y a los reyes españoles para evitar la esclavitud de los indígenas-, cuando América creció en el mapa de los exploradores y era fuente de riquezas, aquellos optan por traerla de Africa: propiedad a medias de Europa, comercio con reyes africanos, venta de prisioneros convertidos a esclavos por los vencedores de cualquier guerra en el ardiente continente, cacería voraz de futuros esclavos, en fin sacar hombres fuertes para un paraíso salvaje. La presencia de los africanos en el Nuevo Mundo modificó gradualmente el modo de vida: Muchas manifestaciones como la música, el baile, la fiesta, las costumbres, el lenguaje, la religión, la actitud frente a la vida, frente a la muerte, entre otras, se vieron virtualmente inscritas en otro marco referencial. Teniendo en cuenta esa presencia viva de Africa en América, creo que es importante mostrar históricamente la presencia de la música y la literatura desde el punto de vista de la africanidad en el Nuevo Mundo: música y literatura porque recogen los

demás aspectos culturales, verbigracia, la música y la literatura como medios en los cuales se expresan modificaciones del idioma traído por los españoles a América, fundando así nuevos vocabularios que enriquecen más lo tradicional; también ellas muestran el sincretismo religioso existente en algunos lugares de América entre santos católicos y la mitología oricha africana, por ejemplo, Santa Bárbara y Changó, San Lázaro y Babalú-Ayé, formando cada pareja una misma divinidad compartiendo los mismos creyentes y atributos.

Los estudios acerca de la cultura negra y su influencia en el marco americano ha sido un tema poco abordado que merece su lugar dentro de nuestra tradición histórico-cultural. No podemos negar que América hoy no es blanca ni indígena ni negra. Ella es una gran mezcla de culturas que permite que se hable de mestizaje cultural teniendo en cuenta la riqueza que ello conlleva. El desconocimiento que se mantiene en medios intelectuales de lo que son las raíces culturales de la América actual es un síntoma de lo que en realidad ocurre: En la historia de Colombia que se enseña en el medio escolar sólo se abordan los grandes hechos políticos y militares de la Conquista y Colonia españolas, de la revolución de Bolívar y de las guerras civiles que han mantenido al país en vilo durante casi dos siglos. Es la historia de Colombia y de pronto de toda Latinoamérica. Digamos más bien una historia. Pero, y lo demás? Se olvida la multiplicidad y la riqueza cultural que fue sembrada por Europa, África y los nativos americanos. De ahí que sea demasiado importante el que se muestren y se den a conocer las raíces culturales que manejan hoy toda una realidad.

En Colombia se hace importante hablar del hombre negro porque en nuestra historia, en el habla coti-

diana, en las exaltaciones culturales, es un fenómeno olvidado, separado con intención y sin importancia. Nada más para contrastar con Puerto Rico, Cuba, Brasil, México, Perú, Argentina, Venezuela y Uruguay entre otros, que se preocupan por estudiar, investigar y dar a conocer la importancia del negro como elemento vital del sentimiento americano.

Manuel Zapata Olivella afirma que los comerciantes negreros trajeron a Babel. No existe una cultura africana. La diversidad es amplia. Los lugares de donde fueron arrancados los negros, múltiples. De esta manera se pueden enumerar los sitios que regalaron sus hijos a América:

1. De Senegambia: Mandingas y Bárbara
2. De la Costa de la Pimienta: Cetras y Canga.
3. De la Costa del Oro: Minas y Caramantis.
4. Del Golfo de Benin: Ararás, Fon Lucumés (de habla yoruba), Popo, Aya, Camba y Coto-colí.
5. Del Golfo de Biafra: Carabalí, Ibo y Bibi.
6. Del Africa Central: Congos (de habla Bantú) y Luangos.
7. Los negros de Guinea.

La mayoría de ellos rebeldes y violentos como los Mandingas, Babara, Minas, Cetres, Caramantí, Ararás (famosos por su tendencia al suicidio bajo la esclavitud) y los Congos. Por el contrario, los negros de Guinea se caracterizaban por la sumisión al amo, alegría y la adaptabilidad.

Ahora bien, aunque se tenía gran diversidad de culturas y de hablas, resaltan sobre las demás las culturas asentadas en los valles del Níger y del Congo desde miles de años antes de las invasiones en el siglo XV: la cultura Yoruba y la cultura Bantú.

Los Yorubas habitaban en el territorio que hoy es Nigeria y eran principalmente mineros. Los Bantú vivían en el Congo y Angola, y eran básicamente agricultores. El hecho de ser culturas milenarias les permitía tener poderosos órdenes sociales y religiosos. Fueron estas civilizaciones las que aportaron la mayor influencia cultural en el Nuevo Mundo. Es mucho lo que se ha olvidado en cinco siglos, pero también es mucho lo que ha logrado sobrevivir a las vicisitudes impuestas por el tiempo en la marcha de una historia atroz.

En las comunidades negras americanas aún se sienten fuertes elementos de las religiones africanas. La religión Oricha que pertenecía a los Yorubas vive aún en lo que en el Caribe se llama la Santería. Miremos, precisamente, el mito que da lugar a ello.

EL MITO

Al principio de los tiempos fueron separados Orún y Aiye. Orún el mundo metafísico donde habitan los dioses Orichas. Aiye el mundo físico del hombre. Algún día, en el fin de los tiempos, Orún y Aiye se volverán a unir y formarán el infinito real en que dioses y hombres convivirán por siempre. Así lo dice la tradición. Los dioses Orichas o santos seres sobrenaturales que controlan las fuerzas de la naturaleza, ayudan a castigar a los hombres. Entre los Orichas y los vivos no hay una relación directa: allí median los muertos bajo la mirada de Elegúa El Poderoso, sin el cual ellos no encontrarían la morada de los Ancestros. Los muertos no tienen poderes

sobrenaturales pero sí extraordinarios, para ayudar a los vivos bajo la mirada de Elegúa El Poderoso. Así lo dice la tradición...

Odumare (Dijina-Dika-Tampe) supremo Dios Omnipotente siempre ha existido. Se aburrió de estar solo en el Universo. Creó a Orún para que vivieran sus hijos y Aiye para vivieran los hombres. En Orún hizo la morada de los Ancestros o Bazimus. Luego creó a Obatalá, el primer hombre mortal, a Odudúa, la primera mujer mortal y a Omo-Oba, el primer hombre inmortal. Omo-Oba pecó de soberbia y su padre Odumare lo persiguió con rayos y centellas para matarlo. Omo-Oba huyó y se escondió en el Centro de la Tierra; todavía sus suspiros producen las erupciones de los volcanes; algunas veces sale a predicar entre los hombres desobediencia a Odumare y los Orichas. Obatalá y Odudúa se casaron y tuvieron por hijos a Aganyú y Yemaya. Aganyú y Yemayá se casaron y de su unión sólo nació Orungán. Cuando murió Aganyú y Orungán fue hombre violó y fecundó a su madre Yemayá. Yemayá estuvo muerta siete días y de sus huesos nacieron Obafulom e Iyáa, procreadores de todo el género humano. Yemayá resucitó después de siete días y dio a luz a catorce hijos. Yemayá se convirtió en diosa de las aguas. Yemayá se convirtió en madre de todos los dioses y madre de todos los hombres. Sus catorce hijos se repartieron el Universo y se llamaron Orichas o Vudús. Ayé-Shaluga es el Oricha de la fortuna y se le representa como una concha de mar. Babalú-Ayé es el Oricha que produce y cura las enfermedades, es un anciano leproso acompañado de dos perros. Changó (Zarabanda) es el Oricha de la guerra, la fecundidad, la danza, dueño de los tambores, símbolo del rayo y del tambor rojo, protector de rayos, centellas y tormentas. Chankpala es un Oricha terrible, causa las enfermedades producidas por picaduras de insectos. Dada es el

Oricha de la siembra. Oba es la diosa del río Oba, hermana y esposa de Changó. Ochosí es el Oricha protector de los cazadores y los animales salvajes. Ochú es el Oricha de la luna. Orún es el Oricha del sol. Oke es el Oricha de las montañas y protector de quienes habitan en sus cimas. Olokún es el Oricha de las profundidades marinas y está rodeado de hombres, peces y sirenas con quienes copula, su madre lo parió hermafrodita. Olosa es la Oricha protectora de los pescadores, su mensajero es el cocodrilo y es concubina de su hermano Changó. Oshún es la Oricha del amor y del oro, y es también concubina de su hermano Changó. Oya es la Oricha de la justicia y fortalece la memoria, tiene nueve cabezas y en su mano derecha porta una llama de donde Changó alimenta su fuego, su mensajero es Alefi el viento y es concubina de su hermano Changó. Odumare creó otros Orichas para que también se repartieran el universo. Chiyidi es el Oricha de las pesadillas. Elegúa el Poderoso es el intermediario entre los vivos y los muertos y mensajero de los Orichas. Ifa-fá es el Oricha del destino que está grabado en sus tablas sagradas, donde están escritos los destinos pasados, presentes y futuros de los hombres y el universo, tiene 16 ojos cerrados que sólo puede abrir Elegúa el Poderoso. Kongorioco es el Oricha de las cosas ocultas y tiene el don de la representación. Ogún es el Oricha del hierro y el fuego. Orúnla es el poseedor de las tablas de Ifá-fa. Osachín es el Oricha de los curanderos y su símbolo es un halcón posado en una rama, y Oyé que es un gigante que sopía los vientos, es el Oricha de las tormentas...

Bien, hoy se puede afirmar, por estudios hechos en las comunidades negras, que los Bantú del Congo olvidaron sus dioses pero no los instrumentos rituales con que eran celebrados. Aún se utilizan los Tambores Congos o Congos que son aquellos usa-

dos por la Candanga de Santa Fe de Antioquia, en el porro, en la cumbia y en la mayoría de las orquestas de música caribeña. En el Chocó se usan Conunos o Tambores Congos tapados en la parte de abajo, y se usan en los bailes profanos o currulaos, en el tamborito chocoano, en la novena llamada Arrullos y en los himnos fúnebres cantados por los ancianos -preferencialmente mujeres- en los velorios llamados Alabaos que ayudan al muerto a irse contento de este mundo.

Ahora bien, el negro como mercancía, el negro como trabajador, es una pieza fundamental en la economía americana y en la economía europea. Así como habían lugares que no daban ninguna ganancia por su difícil acceso, por la ausencia de elementos naturales propios para la sobrevivencia de una sociedad económicamente próspera o por cualquiera otra razón; se podían hallar también lugares de riqueza desbordante. Por lo general esa riqueza estaba marcada por el número de negros esclavos que mantenían determinada comarca. Es decir, la cantidad de esclavos, es directamente proporcional al movimiento comercial de las islas o de las provincias de Tierra Firme. Sin embargo, ese progreso económico en la época corría serios peligros: Por un lado los filibusteros y por otro el hecho de la existencia de un elevado número de negros esclavos que esperaban cualquier oportunidad para rebelarse. El número de negros en proporción con los blancos, en general se duplicaba y muchas veces hasta por un blanco habían seis negros. El problema, pues, está en la misma mano de obra. Fuerza de trabajo equivalía a potencialidad de fuerzas rebeldes. Así que la única forma de frenar esa avasalladora tormenta dormida es vigilar cada movimiento del esclavo, estar atentos por cada acto del negro que demuestre un ápice de violencia o rebeldía. De esta manera los europeos siempre per-

siguieron las reuniones de negros que se hacían en las noches donde se cantaban las canciones enseñadas por sus ancestros en el tiempo primordial, donde los más ancianos enseñaban a los jóvenes la palabra del tambor para que los dioses recuerden a esa raza castigada, donde los reyes, sacerdotes y cortesanos volvían a vestir sus prendas reales impartiendo leyes y mandatos que se debían cumplir, donde aquellos dioses asistían a los cánticos repartiéndole aroma divino embriagando de placer a los asistentes, donde...

Ae, Umi-Layito!
Umi-Layé
Eea, Sarabatá Marongo!
Layé-Layé

Estas ceremonias fueron perseguidas implacablemente porque en ellas se mantenía viva toda una tradición que los europeos trataban de eliminar, además se pensaba que en esos cultos los negros conspiraban contra sus amos -lo cual fue así: en la época de la esclavitud se conocían canciones en francés cantadas por negros que constaban de sonos rítmicos donde en sus letras, los negros brindaban por la cabeza de los blancos. A esas ceremonias se les llamó Magia Negra, Brujería o Vudú, que descubrían en el fondo el mundo mágico de las religiones africanas, la mitología misteriosa que conectaba al hombre negro con la naturaleza. En el instante en que los esclavos negros no permitían que desapareciera una tradición religiosa, en ese momento sus cultos, ceremonias, rezos y cantos a los dioses se convirtieron en un mundo subterráneo por aquello de que había que practicarlo a escondidas en la oscuridad y en lugares imposible. De allí que esas reuniones hayan recibido denominaciones como Magia Negra, misas negras, simple brujería o vudú. Muchos europeos temblaron ante el poder

mágico de aquellos negros: los franceses, por ejemplo, sentían verdadero pánico ante el rumor de la presencia próxima de un culto de esclavos. Dice Naipaul que: "El batir de los tambores, los bailes, las cabriolas en medio del silencio de la noche, eran en extremo molestos".

Los europeos sabían de la proximidad de sus esclavos. Proximidad física porque eran sus servidores, pero también proximidad fantasmagórica:

Son fantasmas,
somos fantasmas,
oigo la puerta tocar
Ay, la puerta tocar.

En la sonrisa hipócrita de un esclavo podían evidenciar la existencia de un muñeco de trapo que se consumía lentamente al fuego, con la figura y el semblante del amo atormentado. En tres siglos y medio de esclavitud la raza negra vio pasar amos, gobernadores, virreyes, oidores, vio también el tráfico de su propia sangre, vio el cambio de leyes, reglas y reglamentos, vio como otros seres humanos daban origen a otra piel más clara para unos, más oscura para otros. Pero a pesar de que ocurrieron muchas cosas -y el tiempo significa cambio-, el mundo mágico de los ancestros, que alguna vez se volvió subterráneo porque la historia lo quiso así, o como dirían otros, porque los dioses africanos se tuvieron que esconder, siguió subsistiendo con sus reyezuelos, sacerdotes y cortesanos de una noche. Los europeos y los blancos jamás dejaron de perseguir a los "brujos" negros farsantes que dicen ser sacerdotes del panteón Oricha expertos en venenos, fraudes y asesinatos a voluntad, afrodisíacos y otras manifestaciones bestiales. Escribe Naipaul que: "Lo que el colono desconocía era que ese carretero, un negro especialmente estúpido, se convertía en la

noche en un rey, con doce cortesanos y un uniforme propio: una chaqueta negra con cuello escarlata, una cinta verde a través del hombro, y un sombrero con una cocarda negra".

Sin embargo, aunque la guerra establecida entre blancos y negros unos con la espalda los otros con la magia llegó a tener momentos sumamente delicados, esas manifestaciones subterráneas mantuvieron viva gran parte de la tradición cultural africana. Sin ese submundo establecido por los esclavos creo que la cultura negra hubiera sido aplastada, hoy tendríamos su piel no su esencia.

FINAL

La herencia dejada por los africanos a través de las noches de juerga o de las noches de culto a los dioses, o también a través de la centenaria convivencia de los negros cimarrones en los palenques, tiene que ver estrictamente con el modo de vida Latinoamericano. El elemento africano vino a engrandecer las fuerzas culturales que empezaron a mezclarse a finales del siglo XV. Qué nos queda? No se habrá perdido la esencia cultural africana? Lo mismo que la europea e indígena? Es una fortuna que la aclimatación de todas estas culturas -tan distintas, tan recelosas unas de otras-, por el mestizaje cultural existente en la "América de seis pechos" que amamantó a sus hijos durante cientos de años, desembocara no en una dispersión cultural sin identidad, sino en una sublime riqueza expresada en la esencia Latinoamericana de antes, de hoy y de siempre. Un claro ejemplo de la riqueza cultural Latinoamericana es expresada por Octavio Paz en un artículo llamado "Lecho y mesa". Allí muestra la variedad existente en la gastronomía y las formas del amor desde Argentina hasta México. Otro ejemplo es una bella página escrita por Alejo Carpentier,

citado por Germán Arciniegas: "Habanera, tango argentino, rumba, guaracha, bolero, sanmba brasileña, fueron invadiendo el mundo con sus ritmos, sus instrumentos típicos, sus ricos arsenales de percusión hoy incorporados por derecho propio a la batería de los conjuntos sinfónicos. Y ahora son música de México, de Venezuela, de los Andes (y un tango renovado de sonoridad y estilo). Música toda, debido a la inventiva de músicos semicultos, populares, populacheros, o como quieran llamarlo, ciertos menesteres de clerecía, doctos en artes de armonía, contra punto y fuga. Pero músicas que fueron mucho más útiles, para decir la verdad, a la afirmación de un acento nacional nuestro, que ciertas "sinfonías" sobre temas indígenas, incontables "rapsodias" orquestales de gran trasfondo folclórico, "poemas sinfónicos" "de inspiración vernácula" (tremendamente impresionantes, casi siempre...) que sólo quedan como documentos, títulos de referencia, jalones de historia local, en los archivos de conservatorios... Porque hay algo evidente: a la música Latinoamericana hay que aceptarla en bloque, tal y como es, admitiéndose que en sus más originales expresiones lo mismo puede salir de la calle como venir de las academias. En el pasado fueron tañedores campesinos, instrumentistas de arrabal, oscuros guitarreros, pianistas de cine (como los que en Río de Janeiro causaban admiración a Darius Milhaud) quienes le dieron tarjeta de identidad, empaque y estilo, y ahí está la diferencia esencial, a nuestro juicio, entre la historia musical de Europa y la historia musical de América Latina, donde, en épocas todavía recientes, una buena canción local podría resultarnos de mayor enriquecimiento estético que una sinfonía medianamente lograda, que nada añadía al bagaje sinfónico universal" (Arciniegas, G. "El revés de la historia". 271). Al fin y al cabo, músicas que lo mismo suenan en New York, París, Sevilla, Ciudad

de México, Río de Janeiro o Cartagena, como en las realidades aparte, en las fantasías, en los caños entre casas de tablas, en los rumores entre tapias de bahareque de Macondo, Comala, Bahía, Santa Fe de Antioquia, en los caseríos de pescadores de las orillas del Cauca y del Gran Río de la Magdalena o en los pueblos construídos sobre arroyos y ciénagas en el Chocó. Músicas de los ancestros, escritas en la página del viento, en la memoria del viejo y la avidez del joven.

Al pensamiento contemporáneo se le hace difícil abordar un fenómeno como la esclavitud de la raza negra en América. El esclavo hace parte de la leyenda, de la literatura o de las posibles investigaciones de algunos estudiosos preocupados por un hecho que fue esencial en la conformación de la sociedad americana actual. El esclavo subsiste en la imaginación. Ante los escolares y los auditorios desprevenidos parece una narración fantástica, pues la primera impresión es pensar cómo fue posible que el hombre traficara con la carne de otro hombre -que, por supuesto, tenía una piel distinta. El esclavo africano de los siglos XVI, XVII, XVIII y gran parte del XIX es imaginación, fantasía, historia pura. Sólo son sombras, seres sin rostro como los personajes de Juan Rulfo. La esclavitud de los negros durante la Conquista y la Colonia fue precisamente un cuento de terror al cual nos acercamos con los pelos de punta y cierto sentimiento de compasión. "En las Crónicas el esclavo es un ente que no tiene ni voz, ni rostro, ni siquiera un nombre. Carece de historia", dice Naipaul. El esclavo como objeto difuso es lo que se trata de rescatar de la bruma del olvido impuesto por las historias oficiales. Porque, aunque aparentemente no tenga una historia oficial, si tiene otro tipo de historia, que es mostrada, precisamente, por la tradición que los negros han mantenido a pesar de la

esclavitud. Hoy tenemos los frutos sembrados por generaciones: la tradición oral de los cuenteros y las cuenteras, la música, el baile, el sentimiento que raya en la amargura y la alegría, entre el llanto y la risa.